

PABLO SASTRE

Metro y medio

ALEKA

Eran tres hombres torcidos sobre el campo. Uno plantaba cebollas, otro cubría las plantas con la azada, el tercero abría surco.

Un cuarto hombre, un viejo arrugado, reponía bandejas, arrancaba matojos, quitaba pedruscos, de vez en cuando regaba con agua del tanque las líneas de cebollas.

Hacia el mediodía se sentaron al borde del campo, debajo de la encina. Sacaron de una bolsa pan, almendras y un termo, del que se sirvieron sopa en unos vasos.

Después de comer, uno se encendió un cigarrillo, otro sacó un móvil, el tercero se quedó mirando sorprendido a unas hormigas que pasaban por allí, el viejo se tumbó.

Volvieron a la faena: uno plantaba, otro cubría lo plantado, otro abría surco. El viejo seguía reponiendo, regando, de vez en cuando tiraba un pedrusco a la riera. En una de esas, el que plantaba cogió la azada al que cubría, este pasó a plantar. El que abría surco, uno que cojeaba, nunca cambiaba de tarea.

El jefe vino a eso de las dos. Se bajó del tractor con un puro en la boca, abrió el remolque, esperó a que el viejo bajara cuarenta o cincuenta bandejas de plantel. Luego se les acercó, les dijo algo. No le entendieron, hablaba muy alto. Se lo repitió, pusieron atención, entonces entendieron. Al día siguiente no trabajarían, tenían que acabar la faena esa misma la tarde. El jefe se dio la vuelta, dijo algo al viejo y se marchó.

Y así siguieron, el viejo a lo suyo, y los otros, uno abriendo surcos, otro plantando, otro cubriendo lo plantado. Ahora les cos-

taba más moverse, resoplaban. A veces el que plantaba hincaba la rodilla en tierra, ponía seis o siete cebollas en el surco, daba dos pasitos, hincaba la rodilla, plantaba seis o siete cebollas más.

Cuando los otros echaron para el pueblo, él se vino para arriba cojeando. Al poco rato ya estaba en el bosque. Cogió la senda que tiraba por el medio.

Era un bosque cerrado de robles jóvenes y encinas, ahora casi oscuro. Andaba con sigilo, notaba presencias.

Su tía le contaba historias de su abuelo y otros hombres que cazaban, de cómo huían si veían gente extraña. También le contaba historias de su padre, cazador solitario, que vivía medio huido.

Él siempre vivió huido. Él nunca cazó. Él se dio a los otros.

Una vez su tía le dijo que en su corazón vivía un ángel.

En su corazón también vivía un lobo.

Grra, grra, un pájaro gritó. El hombre se paró, miró entre las ramas. Grra, grra. No podía verlo. Gritaba como un pequeño *gritx*. Tal vez era un pequeño *gritx*.

Estaba cansado. Mañana no trabajaría, eso estaba bien.

Bebió media botella de agua debajo del alero, se calentó sopa picante, abrió una lata de sardinas, extendió su contenido sobre media barra de pan.

Se sentó a comer. Junto al fresno, delante de la forja, vio el generador. Emilio había cumplido su palabra.

El día que vino, mirando la casa, Emilio había dicho: «Eres un artista». Él le había sonreído, había bajado la cabeza. «Sí, ha quedado bien».

Le faltaba poner el canalón...

La estufa tenía una pata en el aire. Había un pequeño desnivel, miró desde otro ángulo, tocó unas piedras en el suelo. Estaba oscuro, no veía bien.

Oyó un ruido en el bosque. Giró la cabeza. No vio a nadie. La luna iluminaba unas piedras blancas, unos abedules.

Se tumbó sobre la alfombra, se tapó con unas mantas. En verano, si todo iba bien, vendrían Lula y Alma. La pequeña estaría muy crecida. La había dejado con dos años y medio, ahora tenía cinco. ¿Se acordaría de él? Recordó cómo la lanzaba por los aires, cómo le explicaba cosas en su lengua. ¿Haría amigos en el pueblo? Lula estaba preocupada. Una amiga le había dicho que los niños eran tristes por aquí.

Cuando la tierra empezara a calentarse, sembraría flores en el borde del camino. Las regaría con agua de la mina.

Camino a Alzate, en el cruce del caserío Granada le pareció oír una voz débil de mujer. Dejó en tierra el saco que llevaba, bajó por el atajo hacia la borda. Era casi de noche. Al lado del leñero una anciana yacía boca abajo.

Sus mejillas ardían. La cogió en brazos, la llevó dentro de la borda. La depositó en la cama, avivó con unas ramas el fuego de la estufa. Fue a la cocina, calentó agua en un cazo, echó en ella unas hierbas de un saquito que llevaba en la mochila.

Se arrodilló junto a la cama, le puso en la frente una piedrita. Cerró los ojos, murmuró unos rezos, pasó las manos por encima de su cuerpo. Una nube de aire cálido ascendía desde la boca del estómago. Palpó la nube, siguió rezando. Poco a poco el aire malo se redujo. Una parte lo penetraba a él, una parte se escapaba entre sus dedos.

En la era de Alzate, tres mujeres daban pecho a sus criaturas y reían. Una de las criaturas saltaba de una teta a otra de su madre.

Dejó el saco al lado de la puerta, miró a las mujeres de reojo. No paraban de reírse.

El sol apuntaba. Una máquina daba vueltas en el cielo. Bajó a la carretera. Poco después un coche paró. El chófer ocultaba su rostro tras unas gafas oscuras y una máscara de tela. Le preguntó a dónde iba. Dijo que a La Bolsa. El chófer hizo gesto de que entrase.

No se dijeron nada en el camino.

Caminó un buen rato calle tras calle bajo el sol. Se veía poca gente. Casi todos llevaban puestas máscaras que solo les dejaban los ojos a la vista. Algunos iban con perritos; algunos de ellos, a su paso, se apartaban con el rabo entre las piernas.

Llegó a un parque. Había unas acacias, unos columpios, una fuente. Bebió agua, se sentó. Arañó varias veces la arena con la punta de la bamba.

Dos policías enmascarados venían hacia él desde el otro lado del parque. Dudó si taparse nariz y boca con el cuello del jersey. Finalmente no lo hizo. No tenía nada que ocultar.

Le pidieron la documentación. Les dio el papel, lo examinaron. Le preguntaron: «¿Qué hace usted aquí?».

«Descanso», dijo.

Ellos dijeron: «No puede estar aquí».

Él no dijo nada. Ellos repitieron: «No puede estar aquí».

«¿No puedo?»., dijo. «No sabía... He venido a la ciudad a hacer unos papeles...».

«Tiene que irse», le dijeron. «No puede estar aquí».

Taco, su sobrino, llevaba dos años en la ciudad. En el pueblo era un hombre de prestigio. Tuvo un lío con los dueños de las minas, tuvo que largarse, ahora estaba aquí.

Taco era grande, como él. Entraban los dos en la habitación un poco apretados.

Taco lo invitó a sentarse al lado del brasero. Sacó vasos, calentó café en la cocinilla.

«¿Cómo por aquí, tío...?».

«Vine a hacer papeles para Lula y la pequeña...».

Taco se interesó por ellas, por el viaje. Luego le preguntó: «¿Has venido bien? ¿No te han parado por el camino?».

«¿Por qué habían de pararme?»., preguntó.

Taco rio alegremente.

Había un virus. Un virus que mataba a la gente como moscas. No debían salir de sus casas. No debían acercarse los unos a los otros. Vertió café en los vasos, se sentó a su lado en un taburete de plástico.

Él se había quedado pensativo.

«Aquí, dijo Taco, la gente es débil. Cuando les das una palmadita en la espalda, se caen. Así que es mejor no tocar a la gente». Tomó un sorbito de café.

Dio unos golpecitos en el cristal con la palma de la mano. Una mujer que había dentro le indicó que la oficina estaba cerrada. Golpeó un poco más fuerte. La mujer le transmitió con un gesto que no pensaba abrirle.

Un viandante se había parado, una anciana había aparecido en un balcón.

Caminó mucho rato por la carretera secundaria. El cielo estaba encapotado. Algunos coches pasaron en la misma dirección. Ninguno paró.

Llegó a un pequeño barrio. Un coche lo adelantó, parecía que iba a detenerse. Sin embargo, cuando hizo ademán de aproximarse, el coche aceleró. Poco después aquel mismo coche pasó en sentido contrario. Le pareció que sus ocupantes le miraban con atención. También desde la ventana de una casa unas caras le miraban.

Cogió un camino de carros que subía para el monte. Calculó que por allí, dando una vuelta, llegaría a Alzate antes de la noche.

Se detuvo en un prado. La cadera le dolía. Se sentó en una piedra. Sacó agua, queso, pan *dúrurum* que le había dado su sobrino. Comió.

Primero oyó ladridos. Luego motores. Recogió las cosas, reemprendió el camino para arriba.

Oyó voces. Parecían venir por el camino. Tiró para el bosque.

Los ladridos se hicieron más intensos. De repente, vio que varios hombres armados con palos y escopetas venían hacia él dando voces.

Intentó refugiarse en el hueco de una roca.

Cayó de bruces.

¿Por
qué?

LA RENDICIÓN DE LOS ABRAZOS

Recordaba, de aquella madrugada, bruma densa en la autovía, truenos a lo lejos. Respecto a lo demás, no había notado nada diferente camino de casa de Lilián.

Lilián y Pepe no se habían levantado todavía. Eire cargó las cajas de verduras. Destacaban, entre ellas, las primeras habichuelas. Una oveja balaba en el redil.

Cuando, veinte minutos más tarde, llegó a Granada, Tania estaba buscando algo en el taller con una lucecita. Desde allí le dijo: «¡Hola!».

Eire acarició a Saspí, la vieja perra, le dijo unas palabras cariñosas. Luego cargó los panes y los huevos en la furgó.

Tania venía hacia ella con un destornillador en la mano. «¿Qué tal?», le preguntó. Se quedó mirándola un breve segundo, como si esperara una respuesta interesante.

«Bien», dijo Eire, con una sonrisa amplia, un poco adormilada.

Tania le ofreció café, entró en el caserío. Eire se sentó debajo de la higuera. Cuando Saspí se tumbó, empezó a liarse un cigarrillo.

Tania le trajo una taza de café. Eire le preguntó: «¿Ha pasado algo?».

«¿No sabes, de verdad?».

Habían decretado el estado de alarma. Habían ordenado el confinamiento de la población en domicilios.

«¿Por el virus?».

«Por el virus, tía».

«Pues a mí —dijo Eire— nadie me ha dicho nada». No había visto controles ni había notado nada raro. Ahora que lo decía, ¿tal vez menos coches?

«A ti no te van a decir nada», dijo Tania. El sector de la alimentación era considerado esencial y, como tal, sus trabajadores quedaban libres de aquellas restricciones.

En la furgó, puso la radio. En una emisora daban cifras de enfermos hospitalizados y de muertos, detallados por comarcas. En otra, una locutora recordaba a sus oyentes que los servicios de transporte habían sido suspendidos y les invitaba a que no salieran de sus casas.

En La Bolsa el cambio era palpable. Los bares estaban cerrados. Las aceras, vacías. Circulaban pocos coches.

En el almacén de Orrús no pudo entrar, solo una hoja de la puerta estaba abierta. Le cogió las cajas de las manos un chico de pinta magrebí al que nunca había visto.

En la plaza del mercado, se encontró con Rubén, un viejo amigo. Se abrazaron. «Acaba de llamarme el jefe», le dijo Rubén. «No van a abrir el taller, me vuelvo para casa».

Se quedaron un momento hablando. De repente, se les vinieron encima dos guardias, uno de ellos con un cuaderno en la mano: les querían multar, directamente. Eire les dijo que estaba de reparto. Rubén dijo alguna palabrota... Finalmente, no hubo multa. El caso es que apenas pudieron despedirse.

Ya en la furgó, Eire se preguntaba por qué les habrían querido multar. ¿Era porque estaban juntos, porque se habían abrazado, porque estaban en medio de la plaza...? Por otro lado, aquella irrupción desmedida, la multa por delante, era más bien para reírse.

La tienda de Conchi estaba abierta. En el pequeño local, normalmente las clientas se rozaban las unas con las otras mientras

escogían los productos. Ahora, dos estaban fuera, una cerca de la entrada, la otra un poco más atrás. Dentro solo había una; cada vez que Eire entraba con una caja, le dejaba paso separándose del mostrador de manera un poco ostentosa.

Conchi se congratuló de la llegada de las primeras habichuelas.

En los días siguientes, las cosas se fueron precisando. Habían prohibido los mercados callejeros, en los que Pepe vendía la verdura. Bares y restaurantes estaban cerrados. Eire tuvo que simplificar el trayecto de reparto. Ahora distribuía el género en el almacén de Orrús, una yogurtería, una frutería y varias tiendas.

En el nuevo ambiente de poco tráfico y raros y sonámbulos viandantes, más que de realizar un trayecto preconcebido, tenía la sensación de desplazarse. Variaba el recorrido de un día para otro, un poco al azar. Una mañana se sorprendió a sí misma perdida en la ciudad.

En cambios de vía y rotondas, a veces la paraban y le miraban sin mucho interés la mercancía. Raramente le pedían los papeles. Aunque las normas cambiaban continuamente, ella siempre parecía encontrarse dentro de la ley.

Oía fragmentos de ruedas de prensa en las que las autoridades sanitarias actualizaban los datos de víctimas del virus. Acompañaban a estas autoridades mandos de la policía que daban cuenta del número de personas sancionadas y detenidas.

Parecía haber una carrera entre políticos nacionales y locales sobre quién dictaba normas más estrictas. Algunas de aquellas normas se le hacían muy extrañas. Por ejemplo, que al cabo de unos días se permitiera correr a deportistas, mientras se seguía prohibiendo salir a pasear a los ancianos.

Eire interpretaba las normas como podía. No tenía muy claro si se trataba de órdenes o de consejos, si era invitada a obedecer o